Discurso del Profesor Lejeune

Monseñor Gran Canciller,
Ilmos. Sres. Miembros de la Junta de Gobierno de la Universidad,
Monseñores,
Sres. Profesores,
Señoras, Señores.

Recibir este diploma supremo de la Universidad de Navarra constituye un honor muy grande para la disciplina que represento ante ustedes. Pero esta distinción se hace aún más importante, si cabe, por el hecho de ser concedida al mismo tiempo a una personalidad tan eminente como Monseñor Franz Hengsbach, Obispo de Essen. Tal vez esta circunstancia os haya sido inspirada, Monseñor Gran Canciller y estimados colegas, por la admirable defensa de los valores sobrenaturales a que se ha dedicado Monseñor Hengsbach y tal vez hayáis decidido que el hombre dedicado a la Genética goce de tan ilustre compañía para recibir un gran ejemplo.

Permitidme pues, Monseñor y muy estimados colegas que queréis acogerme hoy en el seno de vuestra *alma mater*, exponeros cómo el estudio de las primeras condiciones de la naturaleza humana nos lleva a reconocer esos valores naturales que, para el científico, son el obligado camino de ascenso hacia los valores divinos.

Es evidente que existe una naturaleza humana, y

Revista Vasca de Medicina y Cirugía, 1974.

que todos los hombres la comparten, cualquiera que sea su edad o el color de su piel.

Pero si es verdad que todo cuanto constituye las particularidades de cada uno se encuentra ya desde los primeros instantes inscrito en las moléculas codificadas portadoras de la herencia; si está comprobado que la sinfonía humana se toca siguiendo una admirable partitura de la cual nuestra existencia no es sino la ampliación deliberada; si está demostrado que esta información primitiva anima la materia en una naturaleza humana, es igualmente cierto que este mensaje de vida tiene tal amplitud que actualmente no existe posibilidad alguna de descifrarlo por entero.

Esos filamentos ínfimos que son el soporte de la herencia, mensajera de la vida, están minuciosamente organizados en estructuras microscópicas que una simple observación nos permite descubrir: los cromosomas de nuestra propia especie.

Hace unos veinte años nadie hubiera sabido distinguir una célula humana de una célula de chimpancé. Hace diez años el simple recuento de los cromosomas habría dado la respuesta: 46 en el hombre, 48 en el chimpancé. Pero la finura del análisis ha aumentado prodigiosamente y, desde hace algunos meses, es posible reconocer el aire de familia de esas dos especies y descubrir al mismo tiempo unas diferencias bien marcadas.

Este progreso de los conocimientos permite pensar que algunos de los cambios que separan los primates, gorila, orangután, chimpancé y *homo sapiens,* no responden en absoluto a la idea de una diversificación producida poco a poco tal como es sostenida por la ingeniosa simplificación del Neo-Darwinismo.

Parece, por el contrario, que algunos cambios cromosómicos que separan las especies tienen probablemente rasgos tan profundos que no pueden explicarse por los cambios insensibles que postulaban las hipótesis de la Escuela, lo que demuestra que si la evolución se

Revista Vasca de Medicina y Cirugía. Nº 240, 6/1974.

produjo en el tiempo, no se desarrolló en absoluto con la calma de un río, como podría hacer suponer la perspectiva de las edades, sino más bien mediante saltos bruscos, localizados en el tiempo y en el número de los sujetos: algo así como si la naturaleza operase a golpes y precisamente a golpes de genio.

En lugar de variantes progresivas en manuscritos, debidas a errores sucesivos de copistas poco hábiles, seleccionadas secundariamente por una especie de necesidad ciega, parece como si pasajes enteros hubiesen sido sustituidos bruscamente por una nueva sintáxis que, en el acto, les confiere otra significación.

Que esta nueva ordenación de informaciones primordiales, comunes a todo el reino viviente, haya permitido la eclosión de la naturaleza humana, no habría por lo demás sorprendido al más eminente biólogo francés. Buffon lo intuía, al menos de un modo confuso, cuando proclamaba que *el estilo es el hombre.*

Y la Genética moderna nos enseña precisamente que el estilo cromosómico es el mismo en toda nuestra especie. El hecho de que todos los hombres, del chino al patagón y del lapón al bosquimano, tengan los mismos cromosomas, nos demuestra que todos ellos descienden de unos mismos antepasados. Y si profundizamos un poco en el análisis, resulta que esta novedad sólo pudo producirse y permanecer en un grupo extremadamente reducido, y que la hipótesis de una única pareja original forma parte estadísticamente del conjunto de soluciones.

La antigua idea de que los hombres son hermanos no es, pues, tan solo un sentimiento poético o una esperanza de moralista, sino una realidad observable. Y esta fraternidad de los hombres se ve reforzada además por la increíble humildad en que cada uno de nosotros comienza su existencia.

La insignificancia del ser humano que empieza a vivir asombra al entendimiento. Para dar una idea de ello, basta recordar que si juntásemos en un punto las

Revista Vasca de Medicina y Cirugía. Nº 240, 6/1974.

macromoléculas codificadas que van a especificar todas y cada una de las cualidades de cada uno de los tres mil millones de hombres que nos reemplazarán sobre la faz de la tierra, esta cantidad de materia cabría en la mitad de un dedal.

El hecho de que todo el hombre esté ya contenido en potencia, e incluso parcialmente en acto, en algo tan pequeño, nos hace intuir todavía mejor cómo la vida nos es dada, cómo somos solamente depositarios de este mensaje que nos excede y sin embargo nos construye.

Por eso, esta fraternidad y esta humildad han de ser los guías de toda nuestra conducta. Y quizás más todavía para nosotros los médicos que tenemos el encargo de preservar la vida de los hombres, pues este respeto de la vida fundamenta todos los valores naturales. Y cuando falsos sabios pretenden que el sueño del embrión no es el de un hombre, olvidan que los mamíferos más simples, los marsupiales, que abortan espontáneamente y durante largos meses han de proteger sus crías en una bolsa ventral, reconocen a uno de los suyos en este ser minúsculo que cabría fácilmente en una cáscara de nuez.

¿Acaso el canguro hembra será mejor biólogo que los ilustres teóricos que predican la matanza de inocentes?

Este reconocimiento del humilde, del pequeño, del desvalido y esta protección del débil y del desheredado es una ley natural genéticamente impresa en los cromosomas de todas las hembras de los canguros y —no cabe la menor duda— grabada en el corazón de todas las mujeres.

Y si ciertos científicos se dejan a veces descaminar por la lógica deslumbrante de sus construcciones abstractas, la paciente observación de la vida nos revela algo aún más admirable: las leyes que no ha hecho el hombre, sino que le son impuestas.

Ser, desde su principio, humano por naturaleza —nunca ameba, pez o cuadrúpedo—, el hombre se ela-

Revista Vasca de Medicina y Cirugía. Nº 240, 6/1974.

bora bajo el sordo martilleo de una esperanza infatigable.

Y es en vosotros, jóvenes estudiantes de Navarra, en cuyo pecho sigue latiendo el mismo corazón que empezaba a tener vida en vuestra tercera semana, donde se realiza, cada día un poco más, esta incansable esperanza. Quiera el cielo, como pedía François Rabelais, el más ilustre de los médicos de Francia, que emprendáis el camino de la vida con lo único necesario, a saber "la guía de Dios y la compañía de los hombres".

Revista Universidad de Navarra. Nº 24 D, 6/1974.